



EL LIBRO EN EL QUE SE BASA LA PELÍCULA

EL IRLANDÉS

NETFLIX

UNA PELÍCULA
DE NETFLIX

**JIMMY HOFFA.
CASO CERRADO**

Charles Brandt

CRÍTICA

Charles Brandt

El irlandés

Jimmy Hoffa. Caso cerrado



Traducción de
Pedro Donoso

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: mayo de 2014
Primera edición en esta nueva presentación: octubre de 2019

El irlandés
Charles Brandt

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *I Heard You Paint Houses*

© Charles Brandt, 2004, 2005

© de la traducción, Pedro Donoso, 2014

© Editorial Planeta S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-149-6
Depósito legal: B. 16.281 - 2019
2019. Impreso y encuadernado en España por Liberdúplex

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible

Índice

Agradecimientos	9
Prólogo: «Russ y Frank»	13
I. «No se atreverán»	21
II. Así está el tema	37
III. Búscate otro saco de boxeo	45
IV. Las enseñanzas de la pequeña Egipto	53
V. Cuatrocientos once días	63
VI. Haciendo lo que había que hacer	73
VII. Despertar en Norteamérica	85
VIII. Russell Bufalino	99
IX. Pan de <i>prosciutto</i> y vino casero	105
X. Al centro de la ciudad	119
XI. Jimmy	131
XII. «Me han dicho que pintas casas»	143
XIII. No hay un paracaídas lo suficientemente grande ..	157
XIV. El pistolero desencapuchado	169
XV. Respeto con un sobre	185
XVI. Hazles llegar un mensajito	199
XVII. Una simple burla	213
XVIII. No es más que un abogado	229
XIX. Manipulando el alma de la nación	243
XX. El club de la comedia de Hoffa	257
XXI. Todo lo que hizo por mí fue colgar	273

XXII. Dando vueltas en su jaula.	285
XXIII. Nada sale barato	297
XXIV. Necesitaba un favor y eso bastaba	311
XXV. No era la forma de hacer las cosas de Jimmy ...	329
XXVI. Se va a desatar un auténtico infierno.	339
XXVII. Treinta de julio de 1975	353
XXVIII. «Pintar una casa»	357
XXIX. Todos sangramos.	371
XXX. «Los responsables no han quedado impunes» . . .	377
XXXI. Bajo voto de silencio	389
<i>Colofón.</i>	401
<i>Epílogo</i>	419
<i>Bibliografía</i>	441

I

«No se atreverán»

«Le pedí a mi jefe, Russell Bufalino, “McGee”, que me permitiese llamar a Jimmy a su casa de verano en el lago. Era en misión de paz. Todo lo que intentaba en aquel momento era evitar que a Jimmy le sucediese lo que finalmente le ocurrió.

Conseguí reunirme con Jimmy la tarde del domingo 27 de julio de 1975. El miércoles día 30 desapareció. Se fue a “Australia”, como se suele decir, pasó al otro lado, la palmó. Echaré de menos a mi amigo hasta el día en que volvamos a reunirnos.

Yo estaba en mi apartamento en Filadelfia y la llamada a larga distancia para comunicarme con Jimmy en su casa de verano junto al lago Orion, cerca de Detroit, la hice desde mi propio teléfono. Si yo hubiese estado metido en lo que sucedió aquel domingo, no hubiese utilizado mi propio teléfono, sino que habría usado uno de pago. No se llega a sobrevivir tanto como yo si vas por ahí haciendo llamadas sobre asuntos importantes desde tu propio teléfono. Yo no vine a este mundo gracias a un dedo: mi padre preñó a mi madre como se debe hacer.

Cuando estaba en la cocina, de pie, junto al aparato fijado a la pared, listo para marcar el número que me sabía de memoria, reflexioné un momento sobre la manera de abordar el asunto con Jimmy. Durante mis años como negociador en el sindicato aprendí que siempre es mejor hacer un repaso mental antes de abrir la boca. Además, no iba a ser una llamada sencilla.

Desde que salió de la prisión gracias al indulto presidencial de Nixon en 1971 y comenzó a luchar para recuperar la presidencia del sindicato de Camioneros, Jimmy se había convertido en alguien con quien costaba mucho hablar. A veces es lo que pasa con los que han salido de la trena por primera vez. Jimmy comenzó a irse de la lengua: en la radio, en los periódicos, en la televisión. Cada vez que abría la boca, soltaba algo sobre cómo se iba a encargar de poner en evidencia a la mafia y cómo la iba a expulsar del sindicato. Incluso llegó a decir que prohibiría que la mafia utilizase el fondo de pensiones. Me cuesta creer que ciertas personas se sintieran a gusto al oír que la gallina de los huevos de oro acabaría muerta si Jimmy volvía a recuperar su sitio. Que fuese él quien lanzaba todas estas amenazas resultaba una hipocresía, por no decir otra cosa, si se tiene en cuenta que fue el propio Jimmy quien se encargó de meter a la llamada mafia en el sindicato y en el fondo de pensiones. Él fue quien me introdujo en el sindicato a través de Russell. Así que tenía buenas razones para estar más que ligeramente preocupado por mi amigo.

En realidad, había comenzado a preocuparme nueve meses antes de la llamada que Russell me había permitido hacer. Jimmy había cogido un vuelo para ir hasta Filadelfia a pronunciar el discurso principal en la velada en honor a Frank Sheeran, en el Latin Casino. Allí estaba mi familia junto a tres mil de mis mejores amigos, incluidos el alcalde, el fiscal del distrito, colegas míos que conocí luchando en la guerra, el cantante Jerry Vale y las bailarinas Golddigger con sus piernas interminables, además de otros invitados que el FBI llamaba La Cosa Nostra. Jimmy me regaló un reloj de oro con la esfera de diamantes. Luego miró a los invitados que estaban en la tarima y dijo:

—Hasta ahora nunca me había dado cuenta de lo fuerte que eres.

Ese sí que fue un comentario especial, porque Jimmy Hoffa era uno de los dos hombres más grandes que he conocido en toda mi vida.

Antes de que sirvieran la cena, a base de chuletón, y cuando nos estábamos haciendo las fotos, un pequeño pringado que Jimmy había conocido estando en la cárcel le pidió que le dejase diez de los grandes para montar un negocio. Jimmy se metió la mano en el bolsillo y le pasó dos mil quinientos dólares. Así era Jimmy: un tipo desprendido.

Naturalmente, Russell Bufalino estaba allí también. Él es el otro de los dos grandes que he conocido en mi vida. Jerry Vale le cantó a Russ su canción favorita, "Spanish Eyes". Russell era el jefe de la familia Bufalino, asentada al norte de Pensilvania y en buena parte de Nueva York, Nueva Jersey y Florida. Al tener su sede central a las afueras de Nueva York, Russell no pertenecía al círculo interno de las cinco familias de la ciudad; sin embargo, todas se acercaban a él para pedirle consejo en cualquier asunto. Si había alguna cosa importante de la que hacerse cargo, le encomendaban el trabajo a Russell. Era respetado en todo el país. Después de que Albert Anastasia recibiera un disparo mientras estaba sentado en el sillón del barbero en Nueva York, le confiaron a Russell la dirección de esa familia hasta que las cosas volvieran a estar en orden. No se puede obtener más respeto que el conseguido por Russell. Era alguien muy fuerte. El público jamás oía hablar de él, pero las familias y los agentes federales sabían bien lo fuerte que era.

Russell me regaló un anillo de oro que había mandado hacer especialmente para tres personas: para mí, para su vicejefe y para sí mismo. Llevaba una gran moneda de tres dólares engastada con diamantes. Russ se contaba entre los grandes en el mundo del robo y tráfico de joyas y en el hurto de guante blanco, y era el discreto socio de toda una serie de joyerías en la zona de Jeweler's Row, en Nueva York.

El reloj de oro que me regaló Jimmy aún lo llevo en la muñeca y el anillo que me dio Russell continúa en mi dedo aquí, en la residencia. En la otra mano llevo un anillo con las piedras preciosas correspondientes al mes de nacimiento de cada una de mis hijas.

Jimmy y Russell se parecían mucho. Estaban hechos de músculo recio de la cabeza a los pies. Los dos eran bajos, incluso en aquellos tiempos. Russ debía rondar el metro setenta y cinco; Jimmy no llegaba al metro setenta. En aquel entonces yo medía un metro noventa y cinco y tenía que agacharme para hablar con ellos al oído. Eran listísimos, hasta el último pelo. Tenían solidez mental y física. Pero había algo importante que los diferenciaba. Russ era muy discreto y silencioso; siempre hablaba bajo, incluso cuando se ponía furioso. Jimmy, en cambio, explotaba todos los días solo para mantener en forma su carácter. Además, le encantaba la publicidad.

La noche anterior a la velada en mi honor, Russ y yo nos reunimos con Jimmy. Nos sentamos en una mesa en el Broadway Eddie's y Russell Bufalino le dijo a Jimmy Hoffa de forma rotunda que debía abandonar la carrera para presidir el sindicato. Le explicó que varias personas estaban muy contentas con Frank Fitzsimmons, que había reemplazado a Jimmy cuando fue a parar a la cárcel. Aunque nadie en la mesa lo mencionó, todos sabíamos que esa gente estaba muy contenta con los grandes préstamos que podían conseguir fácilmente del fondo de pensiones de los Camioneros bajo el débil mandato de Fitz. Antes, cuando Jimmy estaba al mando, también se conseguían préstamos y Jimmy, a su vez, conseguía favores en negro, aunque los préstamos siempre se ajustaban a los términos establecidos por él. En cambio, Fitz se limitaba a agachar la cabeza ante esas personas: lo único que le importaba era beber y jugar al golf. No creo que sea necesario explicar el jugo que se le puede sacar a un fondo de pensiones de mil millones de dólares.

Russell le preguntó:

—¿Para que te presentas al puesto? A ti no te hace falta el dinero.

Jimmy contestó:

—No se trata del dinero. No voy a permitir que Fitz se haga con el sindicato.

Después de esa reunión, cuando estaba listo para llevar a Jimmy de regreso al hotel Warwick, Russ aprovechó para acercarse a mí un momento y me pidió:

—Habla con tu amigo. Explícale cómo son las cosas.

En nuestra forma de hablar, aunque no lo parezca, eso equivale a una amenaza de muerte.

Cuando llegamos al hotel Warwick advertí a Jimmy que, si no cambiaba de parecer sobre su intención de recuperar el sindicato, era mejor que se consiguiese a unos cuantos muchachos que le protegieran.

—No voy a entrar en ese juego, acabarían metiéndose con mi familia.

—Como quieras, pero no te conviene ir por la calle solo.

—Hoffa no le tiene miedo a nadie. Voy a por Fitz y voy a ganar esas elecciones.

—Pero ya sabes lo que eso significa —le recordé yo—. El propio Russ me pidió que te lo dijese.

—No se atreverán —gruñó Jimmy Hoffa clavándome la mirada.

Durante el resto de aquella noche y al día siguiente por la mañana, lo único que hizo Jimmy fue hablar de forma inconexa. Ahora que lo pienso, puede que fuese por los nervios, aunque jamás vi a Jimmy mostrarse asustado. El más valiente de los hombres se habría atemorizado con oír una sola de las muchas cosas que Russell le mencionó a Jimmy en la mesa del Broadway Eddie's esa noche antes de la velada en mi honor.

Ahora, nueve meses después de la velada en honor a Frank Sheeran, me encontraba en la cocina de mi casa en Filadelfia con el teléfono en la mano y Jimmy al otro lado de la línea, en su casa de verano junto al lago Orion, con la esperanza de que finalmente reconsiderase la posibilidad de retirarse del sindicato mientras aún estaba a tiempo.

—Mi amigo y yo vamos a conducir hasta la boda —le dije.

—Pensé que tu amigo y tú ibais a participar como invitados en la boda —contestó él.

Jimmy sabía que “mi amigo” era Russell, aunque no se podía usar su nombre por teléfono. La boda era la boda de la hija de Bill Bufalino, en Detroit. Aunque no estaban emparentados, Russell le había dado permiso a Bill para decir que eran primos: suponía una ayuda en su carrera. Bill era el abogado de los Camioneros en Detroit. Tenía una mansión en Grosse Pointe con una cascada de agua en el sótano. Había un pequeño puente para cruzar de un lado al otro: los hombres tenían su propia orilla para así poder hablar; las mujeres se quedaban al otro lado de la cascada. Está claro que aquellas mujeres no eran de las que prestaban mucha atención a las letras de la canción de moda que cantaba en aquel entonces Helen Reddy, “I Am Woman, Hear Me Roar” (Soy mujer, oídme rugir).

—Supongo que no vas a venir a la boda —le pregunté.

—Jo no quiere que la gente la mire —me respondió.

No hacía falta que Jimmy me lo explicara. Se hablaba de una escucha telefónica que el FBI estaba a punto de hacer pública. En ella se oía a ciertas personas comentando las relaciones extramaritales que Josephine, su esposa, supuestamente habría tenido hacía años con Tony Cimini, un soldado* del clan de Detroit.

—Ah, nadie se traga esa basura, Jimmy. Me había imaginado que no asistirías por el otro asunto.

—Que les den por culo si se creen que pueden a asustar a Hoffa.

—Pues cada vez están más preocupados de que la situación se esté convirtiendo en algo muy difícil de controlar.

—Yo tengo mis maneras de protegerme. He puesto a resguardo unas grabaciones.

—Por favor, Jimmy, hasta mi amigo está preocupado por ti.

—¿Y cómo le van las cosas a tu amigo? —preguntó Jimmy entre carcajadas—. Me alegra que lograra controlar aquel problema la semana pasada.

* Soldado: rango inferior en el escalafón de la mafia. (*N. del t.*)

Jimmy se refería a un juicio por extorsión que Russ acababa de dejar atrás en Buffalo.

—Pues a nuestro amigo le está yendo realmente bien —le anuncié—. Fue él quien me dio la aprobación para que te llamase por teléfono.

Estos dos hombres respetados eran mis amigos, y también eran buenos amigos entre sí. Fue Russell quien me presentó a Jimmy por primera vez en los años cincuenta. En aquel entonces yo tenía tres hijas de las que cuidar.

Había perdido mi trabajo como conductor de un camión de carnicería para la cadena Food Fair, al sorprenderme intentando convertirme en su socio en el negocio. Había estado escamoteando carne y pollo que vendía directamente a los restaurantes. Así que comencé a aceptar encargos por día en la sede del sindicato de Camioneros: conducía camiones para distintas compañías cuando sus chóferes habituales se ponían enfermos o les pasaba algo. También daba clases de bailes de salón y los viernes y sábados por la noche trabajaba como portero en el Nixon Ballroom, una sala de fiesta de negros.

Aparte de eso, me encargaba de llevar algunos asuntos para Russ, aunque nunca por dinero, sino por respeto. Yo no era un matón a sueldo, un “vaquero”. Te encargabas de un recadillo, hacías un favor y luego conseguías un favor de vuelta cuando lo necesitabas.

Yo había visto en el cine la película *On the Waterfront** y creía que, al menos, era tan malo como el propio Marlon Brando. Le dije entonces a Russ que quería ser parte del sindicato. Estábamos en un bar en la parte sur de Filadelfia. Él había concertado una llamada con Jimmy Hoffa en Detroit y me lo puso al teléfono. Las primeras palabras que me dijo Jimmy al dirigirse a mí

* Película de 1954 dirigida por Elia Kazan traducida al español como *La ley del silencio* o *Nido de ratas*. (N. del t.)

fueron: “Me han dicho que pintas casas”. La pintura es la sangre que supuestamente salpica sobre las paredes y el suelo cuando le disparas a alguien. Yo le respondí: “Y también hago trabajos de carpintería”. Eso se refiere a construir ataúdes, lo que viene a decir que uno también se deshace de los cuerpos.

Tras esa primera conversación, Jimmy me encontró trabajo en la Fraternidad Internacional, donde ganaba más dinero que en todos los restantes trabajos juntos, incluido el robo de carne; además, recibía dinero extra para gastos. Me encargaba de manejar algunos asuntos para Jimmy, tal como lo hacía para Russell.

—Así que te dio la aprobación para que llamas por teléfono. Deberías llamar más a menudo —Jimmy trataba de aparentar desidia al respecto. Me iba a obligar a contarle la razón por la cual Russell me había dado su aprobación para llamarlo—. Antes solías llamar todo el tiempo.

—Es justo lo que intento decirte. Si te llamo, ¿qué se supone que tengo que hacer luego? ¿Qué le puedo contar al viejo? ¿Que sigues sin prestar atención a lo que él te dice? No está acostumbrado a que la gente no le preste atención.

—El viejo vivirá muchos años.

—Sin duda, acabará bailando sobre nuestras tumbas —le respondí—. El viejo es muy cuidadoso con lo que come. Él mismo se cocina. Ni siquiera me deja que le fría yo los huevos y las salchichas porque una vez lo intenté y en lugar de aceite de oliva utilicé mantequilla.

—¿Mantequilla? Yo tampoco dejaría que me preparases los huevos y las salchichas.

—Y ¿sabes otra cosa, Jimmy? El viejo es muy cuidadoso con las cantidades que come. Él siempre dice que hay que compartir el pastel. Si te comes todo el pastel, acabas con dolor de tripa.

—Yo le tengo un enorme respeto a tu amigo —contestó Jimmy—. Nunca intentaría hacerle daño. Aunque hay ciertos elementos que podrían emplear contra Hoffa para echarlo cagando leches del sindicato, Hoffa nunca intentaría hacerle daño a tu amigo.

—Lo sé, Jimmy. Y él a ti te respeta. Por haber salido adelante de la nada, tal como te ocurrió a ti, y por todo lo bueno que has realizado por toda clase de personas. Él también es de los que apoya a los desfavorecidos. Eso ya lo sabes.

—Quiero que le digas algo de mi parte. Quiero asegurarme de que nunca se olvide. Mi respeto por McGee está por encima de todo. —Solo un puñado de gente se refería a Russell por el nombre de McGee. Su verdadero nombre era Rosario, aunque todo el mundo lo llamaba Russell. Aquellos que lo conocían un poco más lo llamaban Russ. Y los que mejor lo conocían podían llamarlo McGee.

—No hace falta que insista, Jimmy: el respeto es mutuo.

—Bueno, hay que pensar que va a ser una gran boda —añadió Jimmy—. Hay italianos que vienen de todos los rincones del país.

—Ya lo creo. Eso es bueno para nosotros. Jimmy, estuve hablando con nuestro amigo sobre la forma de arreglar todo esto. Es el momento adecuado. Todo el mundo estará allí para la boda. Y él se mostró entusiasmado con la idea.

—¿De quién fue la idea de arreglar todo esto? ¿Del viejo o tuya? —me preguntó Jimmy de inmediato.

—Yo fui el que sacó el asunto a colación, pero nuestro amigo se mostró muy receptivo.

—¿Y qué dijo?

—Bueno, se mostró muy receptivo y dijo: “Vamos a sentarnos con Jimmy junto al lago después de la boda. Encárgate de arreglarlo”.

—Es buena gente. Sí, McGee es buena gente. Venir hasta el lago, ¿eh? —la voz de Jimmy sonaba como si estuviese a punto de sacar fuera su famoso carácter, aunque tal vez de buena forma—. Hoffa siempre quiso solucionar este puto asunto, desde el primer día. —En aquella época, cada vez era más frecuente que Jimmy se refiriese a sí mismo como Hoffa.

—Es el momento perfecto para solucionarlo, teniendo a todas las partes involucradas en la ciudad para asistir a la boda —le comenté—. Para poner las cosas en su lugar.

—¡Desde el primer día, Hoffa ha querido solucionar este puto enredo! —bramó Jimmy, por si alguien en la región del lago Orion no se había enterado cuando lo gritó por primera vez.

—Jimmy, sé que estás al tanto de que este asunto se tiene que solucionar —dije yo—. Las cosas no pueden continuar así. Sé que has hecho mucho ruido sobre si vas a revelar esto o lo otro. Sé que no lo dices en serio. Jimmy Hoffa no es un chivato y nunca lo será, pero no deja de causar preocupación. La gente no sabe a qué viene tanto ruido por tu parte.

—Ya veremos si Hoffa habla en serio, joder. Espera a que Hoffa regrese y eche mano a sus registros del sindicato y veremos si es solo ruido.

Al haber crecido junto al viejo y después de haber trabajado en el sindicato, creo que sé cómo interpretar el tono de voz de la gente, y Jimmy sonaba como si de nuevo estuviese a punto de sacar fuera su famoso carácter. Parecía que lo estaba alejando al mencionar lo del ruido. Jimmy era un negociador sindical nato y estaba haciendo una demostración de fuerza al volver a hablar de revelar los registros.

—Mira lo que ocurrió el mes pasado, Jimmy. Aquel señor, en Chicago. Estoy bastante seguro de que todo el mundo creía que era alguien intocable, empezando por él mismo. Su problema fue que comenzó a hablar de forma irresponsable y podría haber hecho daño a varios importantes amigos nuestros.

Jimmy sabía que el “señor” del que le estaba hablando era su buen amigo Sam Giancana, “Momo”, el jefe de Chicago que acababa de ser asesinado. Muchas veces yo había llevado “notas” —mensajes verbales, nunca nada por escrito— entre Momo y Jimmy.

Antes de que lo pusieran en su sitio, Giancana había sido alguien muy destacado en ciertos círculos y en los medios. Momo se había expandido desde Chicago para trasladarse a Dallas. Jack Ruby formaba parte de su equipo. Momo tenía casinos en La Habana, y también había abierto otro en Lake Tahoe con Frank Sinatra. Había estado saliendo con una de las cantantes de las

Hermanas McGuire, las mismas que cantaron en lo de Arthur Godfrey. Compartió con John F. Kennedy una amante, Judith Campbell, cuando JFK era presidente y él y su hermano Bobby usaban la Casa Blanca como si fuese su propio motel. Momo había ayudado a JFK a salir elegido; solo entonces Kennedy apuñaló a Momo por la espalda. La forma de pagarle fue permitir que su hermano Bobby persiguiese a quien quisiera.

Lo que pasó con Giancana es que la semana antes de que se lo cargasen, la revista *Time* hizo público que Russell Bufalino y Sam Giancana, “Momo”, habían trabajado para la CIA en 1961 en la invasión de la Bahía de Cochinos, en Cuba, y que, en 1962, habían estado envueltos en una trama para matar a Castro. Si había algo que sacaba de sus casillas a Russell Bufalino era ver su nombre en letras de molde.

El Senado de Estados Unidos había citado a Giancana para testificar sobre los servicios prestados por la mafia a la CIA para asesinar a Castro. Cuatro días antes de comparecer Giancana, alguien se encargó de él en la cocina de su casa. Un tiro en la nuca y otros seis al mentón, al estilo siciliano: eso quería decir que no se había preocupado de mantener la boca cerrada. Daba la impresión de que lo hubiera hecho un viejo amigo, lo suficientemente cercano a él como para que Momo le estuviese friendo unas salchichas en aceite de oliva. Russell solía decirme: “Si te entran las dudas, no lo dudes”.

—¡Nuestro amigo de Chicago podría haberle hecho daño a mucha gente, incluso a ti y a mí! —gritó Jimmy. Me alejé el auricular del oído, pero aún podía oírlo vociferar—. Debería haber dejado registros: Castro, Dallas... Pero el señor de Chicago jamás dejó nada escrito. En cambio, saben que Hoffa sí que tiene registros escritos. Cualquier cosa rara que me pueda pasar y los registros saldrán a la luz.

—No soy de los que baja la cabeza en sumisión, Jimmy, así que, por favor, no me digas: “Seguro que no se atreverán”. Después de lo que le sucedió a nuestro amigo de Chicago, ya te habrás enterado de lo que puede ocurrir.

—Mejor preocúpate de ti mismo, amigo Irlandés. A los ojos de mucha gente, estás demasiado cerca de mí. Y recuerda lo que te he dicho: vigila tu propio culo. Consigue a alguien que te acompañe.

—Jimmy, tú sabes que ha llegado el momento de sentarse a negociar. El viejo te ha hecho la oferta para ayudarte.

—Hasta ahí estamos de acuerdo —en ese momento Jimmy se comportaba como el negociador sindical que era, haciendo alguna concesión.

—Bien —decidí dar un paso adelante—, iremos de visita al lago el sábado, alrededor de las 12.30. Dile a Jo que no la lée: las mujeres comerán aparte.

—A las 12.30 estaré esperando —respondió Jimmy.

Yo sabía que estaría preparado a la hora convenida. Russ y Jimmy siempre eran puntuales. Si no te presentabas a tiempo, era señal de que no les tenías respeto. Jimmy te daba hasta quince minutos. Una vez transcurridos, la cita quedaba cancelada. Daba igual lo importante que pudieras ser.

—Te tendré un banquete irlandés: una botella de Guinness y un bocadillo de mortadela. Una última cosa —añadió Jimmy—: solo vosotros dos.

Jimmy no estaba haciendo una petición; era una orden: “No vengáis con el pequeñajo”.

—Yo me encargo de esa parte —le aseguré—. Dejaré claro que no quieres que nos acompañe el pequeñajo.

¿El pequeñajo? Por lo que yo sabía, Jimmy quería verlo muerto. El pequeñajo era Tony Provenzano, “Pro”, un miembro de la mafia que era *caporegime* o capitán de la familia Genovese, en Brooklyn. Pro había sido uno de los hombres de Hoffa, pero luego se convirtió en el líder de una facción de los Camioneros que se oponía al regreso de Jimmy al sindicato.

La mala leche entre Pro y Jimmy venía de una bronca que tuvieron cuando estaban en prisión, en la que casi acabaron a hostias en el comedor. Jimmy se negó a ayudar a Pro a evadir la ley federal para que consiguiera su pensión de un millón dos-

cientos mil dólares, mientras que él sí que obtuvo la suya, de un millón setecientos mil dólares, pese a ir a la cárcel.

Un par de años después, los dos quedaron en libertad y se sentaron a negociar en una convención del sindicato de Camioneros en Miami para tratar de arreglar el marrón. El problema fue que Tony Pro amenazó a Jimmy con arrancarle las entrañas con sus propias manos para, a continuación, matar a sus nietos. En aquel entonces Jimmy me hizo saber que quería pedirle permiso a Russell para que yo me hiciera cargo del pequeñajo, pero nunca más volví a oír ni un suspiro, de modo que pensé que solo se trataba de una idea pasajera surgida durante alguno de los ataques de furia que le daban a Jimmy. Si hubiese sido algo serio, me habría enterado el mismo día en que debía llevar a cabo el encargo. Se hace de ese modo: cuando quieren que te hagas cargo de un asunto así, te avisan un día antes.

Tony Pro llevaba una agrupación local del sindicato de Camioneros al norte de Nueva Jersey, donde ahora se ambienta *Los Soprano* en la televisión. Sus hermanos me caían bien. Nunz y Sammy eran buena gente. En cuanto a Pro, nunca me despertó mucha simpatía. Era capaz de matarte por nada. Una vez le dio el beso de la muerte a uno porque había sacado más votos que él, aunque estaban en la misma lista. Pro la encabezaba y se presentaba para presidente de su agrupación local, mientras que aquel pobre estaba por debajo y aspiraba a un puesto inferior, no me acuerdo bien de qué. Pues cuando Tony Pro vio lo popular que era aquel tío en comparación con él, envió a Sally Bugs y a un antiguo boxeador que trabajaba para la mafia judía, K.O. Konigsberg, para que lo estrangulasen con una cuerda de nailon. Fue un mal golpe. Mientras hacían todo tipo de pactos con el diablo para intentar echarnos la mano encima a nosotros, los sospechosos de lo ocurrido a Hoffa, bajo cualquier acusación que se les ocurriera, se consiguieron un chivato que testificó contra Pro. Luego todo se fue complicando hasta que Pro acabó condenado a perpetua por aquel mal golpe. Pro murió en la cárcel.

—No quiero ver al pequeñajo —insistió Jimmy—. ¡Que le den por culo!

—Me lo estás poniendo difícil, Jimmy. Y la verdad, no tengo ninguna intención de presentarme al premio Nobel de la Paz.

—Ayuda a Hoffa a arreglar todo este entuerto y te daré un premio de la paz. Pero recuerda: solo nosotros tres. Ve con cuidado.

Debía contentarme porque, al menos, los tres nos íbamos a reunir el sábado junto al lago. Jimmy reunido con “Russ y Frank”, nuestros nombres escritos en aquel taco de papel amarillo que tenía junto al teléfono para que cualquiera lo pudiese ver.

El día siguiente era lunes 28. Mi segunda esposa, Irene, la madre de la menor de mis cuatro hijas, Connie, estaba hablando por su propia línea, discutiendo con una amiga lo que debía llevar en la boda, cuando sonó mi línea.

—Es Jimmy —me dijo Irene.

El FBI guarda un registro de todas estas llamadas de larga distancia, aunque no creo que Jimmy lo tuviese en mente cuando hacía sus amenazas sobre sacar a la luz esto y lo otro. La gente no podía seguir aguantando ese tipo de chantaje por mucho tiempo. Puede que no tengas intenciones de hacerlo de verdad, pero de cualquier forma estás mandando la señal equivocada a la gente que está en la parte de abajo en la cadena de mando. ¿Qué fortaleza tienen los jefes si permiten que haya personas amenazando con chivarse?

—¿Cuándo vais a venir tú y tu amigo? —me preguntó Jimmy.

—El martes.

—Eso es mañana.

—Así es, mañana por la noche, cerca de la hora de cenar.

—Muy bien. Llamadme cuando lleguéis.

—¿Cómo no iba a hacerlo? —Cada vez que iba a Detroit lo llamaba, en señal de respeto.

—Tengo una reunión programada para la tarde del miércoles —dijo Jimmy. Luego hizo una pausa—. Con el pequeñajo.

—¿Qué pequeñajo?

—El mismo pequeñajo.

—¿Te importa si te pregunto qué te ha hecho cambiar de opinión sobre encontrarte con ese sujeto? —la cabeza me daba vueltas.

—¿Qué puedo perder? —contestó Jimmy—. McGee esperaba que Hoffa tratase primero de resolver sus propios marrones. No me importa hacer un último intento antes de que vosotros vengáis a verme al lago el sábado.

—Tengo que advertirte de que vayas acompañado de tu hermanito. —El sabía a lo que me estaba refiriendo: a un arma, un revólver, algo para calmar la situación, no para revolverla más—. Por precaución.

—No te preocupes por Hoffa. Hoffa no necesita un hermanito. Tony Jack fue el que arregló la reunión. Nos encontraremos en un restaurante, en un lugar público. El Red Fox en la calle Telegraph, tú lo conoces. Cuídate.

Anthony Giacalone, “Tony Jack”, era parte del clan de Detroit. Tony Jack era muy cercano a Jimmy, a su esposa y a sus niños. Sin embargo, en esta situación, Jimmy no era el único cercano a Tony Jack. La esposa de Tony Jack era prima hermana del pequeñajo, Tony Pro, y eso, entre italianos, es algo serio.

No me resulta difícil entender por qué Jimmy podía confiar en Tony Jack. Era un buen tipo. Murió en la cárcel en febrero de 2001. Los titulares decían: “Célebre mafioso americano se lleva el secreto de Hoffa a la tumba”. Seguro que podía haber contado algo.

Hacía tiempo que se rumoreaba que Tony Jack había tratado de concertar otra reunión entre Jimmy y Tony Pro después del fiasco ocurrido en Miami, pero Jimmy la había rechazado con un gesto del pulgar hacia abajo, como los críticos de cine Siskel y Ebert. Y ahora, de pronto, Jimmy se mostraba de acuerdo para encontrarse con Pro, el mismo que lo había amenazado con arrancarle las entrañas con sus propias manos.

Al mirar ahora en retrospectiva, tal vez era Jimmy el que estaba tratando de tenderle una trampa a Pro para mandarlo a

“Australia”. Quizás Jimmy contaba con que Pro actuase como solía. Tony Jack estaría allí sentado en el restaurante, observando cómo Jimmy se comportaba de forma razonable, mientras Pro hacía el gilipollas. O quién sabe si Jimmy quería que Russell se enterase el sábado, cuando acudiera al lago, de que él había hecho todo lo humanamente posible para arreglar las cosas con Pro, pero que ahora lo que correspondía era cargárselo.

—A plena vista, en un lugar público: eso está bien. Tal vez esta boda de verdad está consiguiendo juntar a todo el mundo —bromeé—. Fumar la pipa de la paz y enterrar las hachas de guerra. Lo único es que yo estaría más tranquilo si pudiese acompañarte para apoyarte.

—Muy bien, Irlandés —contestó, como si intentase hacerme sentir mejor, aunque había sido él quien había comenzado por preguntarme que cuándo llegaba a Detroit. Tan pronto como hizo la consulta sobre mi llegada, yo ya sabía lo que quería—. Entonces, ¿qué tal si te das un paseo y nos encontramos allí el miércoles a las 14.00? Ellos tendrían que llegar a las 14.30.

—Por precaución. Sin embargo, puedes estar tranquilo, que yo llevaré a mi hermanito. Es muy buen negociador.

Enseguida llamé a Russell y le comuniqué las alentadoras novedades sobre el encuentro de Jimmy con Jack y Pro, y le dije que yo le acompañaría para apoyarle.

Desde entonces he vuelto a pensar mucho en esa llamada, pero no recuerdo que Russell me dijera nada.»